

Esteban Salazar Chapela

## Sobre Don Juan



ON los tres géneros fundamentales creadores —la poesía, la novela y el teatro—, el espíritu hispano puso en pie y echó a rodar por este pícaro mundo a tres figuras conocidísimas, que basta nombrarlas para recordarlas como son: En la poesía, el Cid; en la novela, Don Quijote; en el teatro, Don Juan. De estos tres personajes sin duda es Don Juan el más favorecido por el culto de los españoles, pues todos los años, llegado el día de los Santos y Difuntos, el perfil del conquistador cruza los escenarios de España, burla a Doña Ana, roba a Doña Inés, mata a Don Gonzalo y a Don Luis y al cabo (¡misericordia de Dios!) sube al purgatorio (al cielo sería demasiado), favorecido por los buenos oficios de la más bella de sus víctimas. Pocos españoles han leído entero el «Cantar de Mío Cid»; muchos no han leído el «Quijote»; pero todos han visto a Don Juan en la interpretación de José Zorrilla y raro quien no sepa de memoria y aplique

a veces a la vida diaria una o varias de sus redondillas cabales. Don Juan es, pues, una institución española, se cuenta con su llegada todos los otoños, está allí como están la Giralda o el pasmado caballero del Greco —como algo propio y familiar y que encanta.

Mucho se ha escrito sobre la figura de Don Juan —y no seremos nosotros quienes pretendamos decir la última palabra—. En primer lugar, se ha intentado (como también se intentó con Don Quijote) buscar el modelo, el hombre vivo que fué Don Juan y de cuya estampa se valiera Tirso para dibujar su personaje. Se pensó primero en don Miguel de Mañara, joven conquistador sevillano, escándalo de sus días, el cual, arrepentido de pronto, fundó un hospital para expiación de sus culpas y se hizo místico. (Luego se cayó en la cuenta de que Mañara vivió años después de la creación literaria de Tirso y más bien parece aquí que la Naturaleza copiase al Arte, es decir, que fuese Don Miguel quien imitase a Don Juan...). Se ha dado últimamente el nombre del conde de Villamediana, e incluso se ha insinuado al raptor de la hija de Lope de Vega, que por cierto se apellidaba Tenorio. El empeño parece vano, no sólo por su dificultad histórica (échese usted a buscar la figura real, si la hubo, que sirviera de inspiración al poeta...), sino también y sobre todo por su inutilidad artística. Ni Don Quijote, ni Don Juan tuvieron necesidad de existir puros, químicamente puros, estos artísticamente acabados, para que los crearan sus res-

pectivos artífices. A estos artífices, a estos hombres evidentemente geniales —Cervantes y Tirso— les bastó sin duda una cosa: que el quijotismo y el donjuanismo fuera una parte del alma humana (el lector, si es teólogo, cosa no improbable, pues ahora abundan mucho, nos perdonará longánimo), un sentimiento encontrable en mayor o menor proporción en el corazón de cualquier hombre y por lo mismo apto para formar a sus expensas un carácter. Don Juan es ante todo una estilización —la estilización de un sentimiento y de un tipo— llevada a cabo por un artista que no necesitó para ello conocer a Don Juan personalmente... Y en verdad que el alma de Gabriel Téllez era única para esta creación. Poco sabemos de la vida de Tirso, nada sabemos de su familia, pero ahí está la elevada temperatura erótica de buena parte de su obra para apreciarle en este aspecto y para sorprenderse de paso (como ya se sorprendió un gran historiador español, don Américo Castro) «que un fraile teólogo, elevado a altos puestos dentro de su orden, cultivara un arte tan sensual y profano». Tan profano y tan sensual, que en 1622 la Junta de Reformatión acordó lo siguiente: *Tratóse del escándalo que causa un fraile que se llama Maestro Téllez por otro nombre Tirso, con comedias que hace profanas y de malos incentivos y ejemplos, y por caso notorio se acordó que se consulte a Su Majestad mande que el padre confesor diga*

al Nuncio que le eche de aquí a uno de los monasterios más remotos de su Religión y le imponga excomunió*n* *Latae Sententiae* para que no haga comedias de versos profanos; y que esto sea luego.

---

La primera edición de «El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra» es de 1630, de Barcelona. Se supone que la obra fué escrita mucho antes, acaso a raíz de algunas de las visitas que Tirso hiciera a Sevilla, donde debió encontrar, ya que no a Don Juan en persona, la decisiva inspiración. La pieza, como tal pieza teatral, es más descuidada y atropellada — todos los críticos lo reconocen así — que las demás a la misma pluma, a tal punto que se llegó a suponer que la impresión que conocemos es fragmentaria o que se encuentra ataraceada de añadidos. Sea este supuesto acertado o no, la verdad es que la obra entera, no obstante sus continuos aciertos, o por ellos mismos, tiene el aire rápido e improvisado de un boceto genial. En esto ya se diferencia Tirso de los demás creadores de figuras universales, Shakespeare y Cervantes, por ejemplo, los cuales alumbraron con la genialidad del tipo la forma, esto es, la obra acabada correspondiente. Nadie podría enmendar la plana a Cervantes escribiendo un nuevo «Quijote» (los intentos que se hicieron, desde Avellaneda a Montalvo, evidencia el

imposible), ni enmendar la plana a Shakespeare escribiendo otro «Hamlet» (la novela, por ejemplo, de Paul Bourget, «Andrés Cornélis», no pretende corregir a Shakespeare, como es de suponer, sino simplemente reproducir el mismo asunto o la misma tragedia de «Hamlet» en los tiempos modernos). En cambio, el personaje Don Juan Tenorio, desde que Tirso nos lo mostrara, es del dominio público, ha merecido muchas y muy diversas versiones y fué por las trazas perfectible. Pero conste así, en honor del «Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra»: en esta obra al parecer atropellada están ya todos los caracteres que tipifican a Don Juan: su condición de hombre que hace del amor la única ocupación y preocupación de su vida, su encanto y su éxito por tanto con las mujeres, su falta rigurosa de escrúpulos y al mismo tiempo su valor, que desafía no sólo a los vivos sino también a los muertos. Tirso nos da el tipo y también nos proporciona el ambiente: Sevilla. Es decir, Andalucía: un mundo sensual donde las formas y los colores adiestran los sentidos y donde estos mismos sentidos, más que otra consideración alguna, parecen (parecen, aunque no sea cierto del todo) presidir la vida. Además, por una feliz asociación de ideas, Tirso yuxtapuso a la figura del conquistador, hasta fundirla con ella, la leyenda del joven libertino que invita a comer al difunto o su estatua, con cuya fusión consiguió el dramaturgo dos cosas: subrayar el valor temerario del personaje y determinar su castigo. Porque Don

Juan, en la primera versión de Tirso, da con sus huesos en los profundos infiernos, como castigo inexorable a sus culpas (que no hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague) y como réplica a su desafiante y un si es no es descreído. ¡tan largo me lo fiáis! Dos siglos y pico después, Zorrilla logrará la cuadratura del círculo, es decir, salvará a Don Juan. Una figura tan buena —aunque tan mala— no debía condenarse, porque si es verdad que no hay deuda que no se pague, también es cierto dentro de la misma ortodoxia:

que un punto de contrición  
da a un alma la salvación  
de toda la eternidad.

Aparte las muchísimas excelencias del drama de Zorrilla, donde todo, hasta el ripio que da dentera, es precioso, sin duda fué esto —el happy ending de la fábula.— una de las cosas que más contribuyó a su éxito permanente. El público quedaba al fin tranquilizado, complacido. El público no deseaba otra cosa que la salvación del personaje, pues parece probado que lo mismo los hombres que las mujeres, en lo más escondido de sus corazones, quieren y admiran a Don Juan...

---

Uno de los estudios más curiosos de literatura comparada —y, por deducción, de psicologías nacionales

comparadas— sería aquel que estableciera las diferencias de algunos de los distintos Donjuanes: El Don Juan de Molière, que parece haber leído ya «El discurso del método», cosa no improbable, al menos cronológicamente; el Don Juan de Lord Byron, que es un Don Juan como malgré lui, de quien las mujeres se enamoran por lo bello que es (él no tiene la culpa), sin que el interesado trabaje para nada el asunto; el Don Juan de Shaw, que no es propiamente Don Juan, sino Doña Juana; el último Don Juan de Lenormand, con inyecciones artificiales de Freud... etc., etc. (Por contraste, el Don Juan español no es tan discursivo como el de Molière ni tan pasivo e introspectivo como el de Byron; es un Don Juan, por así decirlo, elemental, a quien sólo le preocupa su oficio). Sí. Cabría hacer ese estudio de psicologías comparadas, pero hemos de dejarlo para otro día. Limitémonos solamente a subrayar la personalidad de Don Juan como figura renacentista, como persona o personaje social, como héroe y, finalmente, como representación imperecedera o eterna.

Como personaje renacentista, Don Juan es la figura de la época que más presto y radicalmente corta las amarras con la Edad Media en cuanto su conducta representa la vuelta a la realidad, el goce de los sentidos y en resumidas cuentas una afirmación escandalosa de la vida. Su vocación es a tal punto sensoria o de voluptas corporea, que Don Juan considera a la persona de la mujer como a una presa

y mira a ésta, en consecuencia, con mirada codiciosa y fascinante de ave de presa, sin distinguir, por cierto, de situación ni de rango:

Desde una princesa real  
a la hija de un pescador  
¡oh!, ha recorrido mi amor  
toda la escala social.

Esta falta natural de snobismo —tan característica— se enlaza ya con Don Juan como persona o personaje social. En este aspecto nadie podrá defenderle. Don Juan es antisocial. La afirmación de su personalidad— y, podríamos decir, de su obra— lleva consigo una serie ininterrumpida de estrepitosas transgresiones. Al representar el amor a ultranza, Don Juan deviene el símbolo de numerosas protestas: protesta contra leyes morales y religiosas, contra todas las ligaduras sociales (el matrimonio, el hogar), contra todo lo que supone un obstáculo,

Ni reconocí sagrado  
ni hubo razón ni lugar  
por mi audacia respetado

nos dice Don Juan con aquel desparpajo que es la más bella de sus prendas. Porque, habrá que reconocerlo: en tales transgresiones del personaje hay algo sin duda que lo levanta, que lo hace grato a nuestros ojos y de seguro lo ennoblece. Es el valor. El temple



heroico. Si Don Juan las matara callando y sus atropellos y sus conquistas fueran tartufos y cobardes, nuestra antipatía por el personaje sería inmediata. Pero Don Juan opera a la luz del día o de las estrellas; en casi todas sus aventuras se juega la piel y tiene que acudir al acero. Su figura es popular, precisamente porque es valiente. Podremos, pues, condenar a Don Juan por «antipetrarquista» (es decir, por poco lírico y demasiado materialista), por antisocial (es decir, por constituir un peligro público), por poco religioso. Pero su valor le redime. «La muerte le acompaña» (a Don Juan), dijo uno de sus más grandes panegiristas; la muerte sombra inseparable de los corazones heroicos.

Como figura imperecedera o eterna, Don Juan no tiene par. Si la eternidad admitiera grados, si se pudiera hablar de cosas más eternas que otras, no dudáramos en afirmar que Don Juan es más eterno que el Cid, incluso más eterno que Don Quijote. El Cid representa la guerra, concretamente el guerrero: pero puede que un día (aunque, ¡tan largo me lo fiáis!) el mundo afeite sus raspas, los pueblos vivan armónicamente en un derecho estable y la guerra y con ésta el guerrero sean para los hombres barbarie antiquísima y remotísima y, en cierto modo, incomprendible. Entonces, el «Cantar de Mio Cid», seguirá brillando con su hermoso resplandor de alborada de la literatura española, pero los nobles huesos de Ruy Díaz, ya no serán inteligibles del todo: los mi

rarán esos hombres, en los museos de la Historia, con ojos extraños e interrogantes, como miramos hoy en los museos naturales la vértebra fósil de la fauna antediluviana. Don Quijote representa la justicia, sobre todo la justicia por nuestra mano a favor de tantas «viudas, solteras, huérfanos y pupilos», como claman en este mundo por dulzura y socorro; pero puede llegar el día (aunque, ¡tan largo me lo fiáis!) en que la justicia terrena sea tan justa, que el hombre acalle su ímpetu quijotesco y aguarde en casa a la justicia de la otra vida. Entonces, el «Quijote» seguirá brillando como el cuadro vivo de los ideales humanos, pero los nobles huesos de Alonso Quijano, el Bueno, quizá no sean ya inteligibles del todo,

Don Juan es otra cosa. Don Juan es un señorito —triste es reconocerlo—. Don Juan es un señorito y no es por ende de tan rica estofa como Don Quijote y el Cid, pero su representación no admite caducidad, puesto que tiene todo el porvenir por delante... Y esto por muchas y variadas razones, pero sobre todo por una; a saber: mientras el mundo sea mundo —esto es, mientras haya en el mundo hombres y mujeres— siempre existirá el misterio profano de la atracción inevitable y siempre habrá ese hombre que aparece a veces en la vida de la mujer con la puntualidad matemática del rayo, prende en la bella una ilusión imborrable, y se va...